



LA ANTOLOGIA DE EDUARDO PACHON PADILLA

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

En la mayoría de los casos proyectar antologías es tan sencillo como hacer novillos: el mismo procedimiento y la misma esterilidad. Treinta autores escogidos a la diablo, el prólogo de presentación, las semblanzas de los agraciados, he ahí en quince días ya zurcido un panorama erosionado como esos paisajes bermejos que el parroquiano mira distraídamente desde la ventanilla en un vagón de tercera clase. Cuando excepcionalmente el compilador es un crítico especializado, la selección puede dar la medida cabal de un género literario como la ha dado Eduardo Pachón Padilla en “Antología del Cuento Colombiano” que imprimió la “Biblioteca de Autores Colombianos” en este año de gracia y desgracia de 1959 en la Editorial A. B. C.

Nuestra crítica literaria se ha hecho adulta en dos obras: Pachón Padilla es al cuento colombiano en su excelente antología lo que Antonio Curcio Altamar a la novela en su obra diluvial de 1957, señalada en el 53 con el Premio Nacional de Literatura. Treinta y seis hombres y tres mujeres forman en esta selección la flor del cuento colombiano. Noventa y seis cultivadores del género que por una u otra circunstancia no figuran en texto vivo, aparecen en la bibliografía general con las obras que no pocos de ellos proyectaron más allá de nuestras fronteras. En cuanto a los escogidos, el antologista consignó las razones, las tendencias y las características que posee cada autor en la arisca, traicionera y difícil facilidad del Cuento para figurar en la Antología. Como si esto fuera poco, al final de las semblanzas aparece la bibliografía de los autores. En estos rasgos queda diseñada la obra ejemplar de este costeño tan expansivo en sus formas verbales como contenido en sus expresiones escritas.

Entre los treinta y nueve elegidos, Antioquia —la que va por la raza más allá de las convenciones político-geográficas— figura con catorce cuentistas. La significación de tal coeficiente puede interpretarla el sociólogo con los razonamientos que acerca de la literatura antioqueña ha propuesto la crítica desde el año de 1908 cuando don Miguel de Unamuno y don Roberto Cortázar, entre otros, perfilaron los rasgos literarios singulares de esa provincia, dentro de la producción colombiana.

La Antología se inicia con el ilustre don Tomás Carrasquilla, ignorado en el continente hasta el momento en que la crítica extranjera puso el nuevo astro a girar en la órbita humanista de las universidades. Pachón Padilla desestima en afirmaciones rotundas, por demasiado breves, la obra de Carrasquilla cuando dice que los peculiares y magníficos atributos del escritor “se hallan mal estructurados y defectuosos en su composición técnica” y cuando afirma que “su labor de cuentista es inferior a la de novelista porque sus cuentos son como esbozos o ejercicios sistemáticos de sus novelas”. Censurar lo grande y lo complejo en lo breve es reducir la vasta polémica de las premisas a la miniatura de una conclusión tan valiente como aventurada. La cautela no es cobardía ni la franqueza es dialéctica cuando se trata de escritores cuasiheroicos que no pueden medirse con el común rasero de las técnicas y de las nomenclaturas.

No creo, por otra parte, que Carrasquilla sea el mejor cuentista antioqueño pero el antologista escogió *¡A la plata!* el menos representativo de sus cuentos y le buscó al Maestro, en Jesús del Corral, al vecino que más ventajosamente podía contrastarlo con su pequeña obra maestra *Que pase el aserrador*. Carrasquilla se lee con renovada admiración; del Corral con deleite porque escribe lisa y llanamente como hablan los antioqueños sin los despliegues de idioma que usa, como objetivo muy principal de su obra, el último de los clásicos castellanos.

La fuerza de la tierra, lograda en el hombre, gravita en el cuento colombiano. Eduardo Arias Suárez es el mejor de la escuela tradicionalista y romántica. Más allá de lo lugareño José Restrepo Jaramillo es el precursor prustiano de Mario Franco Ruiz, revelación de la Antología, en *La mujer de agua*. En este escritor operan, sin falsificarse ni desintegrarse, los valores subconscientes, oníricos, simbólicos del que recuerda, como si soñara, cuando en la catarsis de un instante el otro yo, del ge-

nio o de la locura, abre sus diafragmas para que se escapen como ríos subterráneos los sueños, los presagios, las imágenes antiguas que, aprisionadas y desconocidas, proyectan en la vida su sombra de angustia y de nostalgia.

Manuel Mejía Vallejo es de ahora pero ha sabido conservar la tierra donde pisa, el medio social donde respira, el argumento con el cual construye y el estilo sin palabras deshabitadas pero sin el lenguaje vanguardista que por huír del lugar común y hacia una ilusoria originalidad se deshidrata en cuentos larvados, confusos,seudodramáticos, y pseudoexistencialistas.

La antología de Pachón Padilla refleja en gran parte el polimorfismo del género y la plana mayor de sus cultivadores. Si se trata del cuento lógico y racional con argumento y desenlace —para el 99% de los lectores cultos— ahí está Enrique Buenaventura con la más deliciosa página escrita en el más fino y jovial estilo de la Antología. En el extremo vanguardista huelga destacar a Gabriel García Márquez. En *la noche de los alcaravanes* hay una horrenda pesadilla kafkiana. Es como si las almas de tres hombres asesinados hubieran llegado sin ojos al zaguán del infierno, con los olores del burdel y del ataúd pegados aún al olfato de la oscuridad. El cuento no se entiende a la primera instancia porque la oscuridad es impenetrable; pero el lector busca instintivamente la luz del ventanal para huír del corredor maldito donde se abre una puerta que da al mismísimo infierno de la vida, con la ramera allí sentada y unos zapatos que se detienen en la oscuridad.

La nómina es brillante con escritores consagrados dentro y fuera del país y valores jóvenes que Pachón Padilla ha exaltado con sobradas razones. Jorge Zalamea en su obra, y a partir de Proust, es la renovación literaria en Colombia. Ahora vive tras la cortina de hierro; Eduardo Caballero Calderón es uno de los más famosos prosistas americanos en todos los géneros; Adel López Gómez y Jesús Zárate Moreno, son dos veteranos del cuento en varios volúmenes; Hernando Téllez hubiera sido en Francia escritor de primera línea, y su prosa sería la de un Flaubert rejuvenecido. Antonio García posee valores más auténticos como escritor que como político en cuentos sin tesis proletarias visibles y en ensayos de agilísimo vuelo. Así me demoraría en cada figura para no alcanzar a decir lo que de manera tan cabal razonó Pachón Padilla en las semblanzas.

En fin, a Eduardo Pachón Padilla le quitarán posiblemente el saludo, los olvidados y le sonreirán socarronamente los pontífices porque la crítica es quizá la más generosa y las más amarga aventura de la inteligencia. En todo caso en el género literario del cuento, por razón de su brevedad, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Además las omisiones son inevitables en las más ilustres y certeras antologías. En los panoramas no se buscan los árboles sino los horizontes.